

Ética a Nicómaco de Aristóteles, en la traducción
de Pedro Simón Abril (ca. 1570-1590)

José Luis Calvo Martínez

El humanista Pedro Simón Abril es sobradamente conocido de los filólogos clásicos –y especialmente familiar para los estudiosos del humanismo español– debido a las traducciones por él realizadas, muy particularmente de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles. Es un humanista porque a su condición cambiante de «doctor, maestro, professor de rhetorica, y cathedrático de letras humanas y philosophia y/o de lengua griega», como añade a su nombre en varias de sus obras, une un proyecto de regeneración cultural de la juventud de su época, y por ende de todos los hombres de su generación, a través de una enseñanza racional. Proyecto que supone una profunda y extensa reflexión y que incluye una planificación de materias así como una metodología adecuada y lógica para trasmitirlas. El afirmar que es poco profundo, o que es una medianía, parece un juicio, además de injusto, inadecuado.¹

Este proyecto –en el que sin duda Simón Abril no fue pionero porque parece que siguió los pasos de Luis Vives, al cual cita expresamente, y en general a los grandes humanistas de la Europa del siglo XV– está expuesto minuciosamente en varios de sus escritos (ver más abajo).² Con todo, esta relativa falta de originalidad se ve compensada por una tenaz puesta en práctica de sus ideas, en una vida de duro deambular, en centros muy diferentes y distantes. Es posible, desde luego, que la inestabilidad profesional y económica no propiciara unas condiciones especialmente aptas para una reflexión más profunda. Pero ello no le impidió escribir comentarios sobre *Lógica* (1572) y *Filosofía Natural* (manuscritos, s. a.); diseñar un método de enseñanza de la

¹ M. Morreale afirma en su, por lo demás, magnífica monografía que «en nuestra propia conclusión [...] es un pensador mediocre», pese a lo cual estima justificado dedicarle un «estudio más detallado» (1949: 16). También duda que se le pueda considerar seriamente un humanista en sentido estricto (1949: 217 ss.). Creo que el planteamiento es inadecuado: el valor de los humanistas europeos no reside en su cualidad de pensadores, sino de reformadores culturales y transmisores de la cultura griega y romana, en general.

² «De las muchas faltas que hay en el enseñar las doctrinas en las públicas escuelas escribieron discretamente Luis Vives, valenciano, en un libro que particularmente escribio de esta materia» (*Apuntamientos de cómo se deben reformar las doctrinas y la manera del enseñarlas*, Madrid, 1815, 37). La referencia es, sin duda, a *De disciplinis libri XX* (Amberes, 1531), obra que contiene sus ideas sobre la enseñanza y que se compone de tres partes: *De causis corruptarum artium*, *De tradendis disciplinis* y *De artibus*. Aquí aconseja Vives, entre otras cosas, la traducción de Aristóteles a la lengua coloquial de su época.

lengua latina: *Latini Idiomatis docendi ac discendi Methodus* (1561) y, además, componer una *Gramática latina* (1573) y una *Gramática griega* (1586); estructurar una planificación de estudios (aunque no de forma unitaria en una sola publicación destinada a ello) en *Los apuntamientos de cómo se deben reformar las doctrinas*, las *Epístolas Selectas* (1572 y 83), el «Prólogo» a la *Lógica* y la «Comparación de la lengua latina con la griega» (fols. 1-5 de la *Gramática griega*). En fin, su labor de traductor es continua a lo largo de su vida y, siempre con vistas a la docencia, con la finalidad de leerlas y explicarlas en clase, abarcó obras de autores tan dispares como Esopo (1575), Cicerón (*In Verrem*, 1574; *Dos libros de Epístolas selectas*, 1583), Terencio (*Las seis comedias de Terencio*, 1577), y Aristóteles (*Los ocho libros de la República*, 1584). Además hay otros autores traducidos con el mismo fin y nunca publicados, como Eurípides (*Medea*), Plutarco (*Apopthegmas*), Aristófanes (*Pluto*), Platón (*Gorgias y Crátilo*), etc. Sin embargo, tal como se ha señalado antes, Simón Abril es muy especialmente valorado por ser el autor de la mejor traducción al español hasta el siglo XX de la *Ética nicomaquea* o *Los diez libros de las Ethicas o Morales de Aristóteles escritas a su hijo Nicomacho*,³ afirmación que incluye a la meritoria sin duda, pero poco fiable, versión que realizó Patricio de Azcárate en el siglo XIX (1874-1875).⁴

Más abajo me referiré concretamente al valor filológico de la traducción de Simón Abril, pero desde ahora es oportuno señalar que su castellano es, junto con el de otros autores, un ejemplo del mejor uso de esta lengua entre 1500 y 1600 para el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia (ed. de 1726).

Su versión no fue, con todo, la primera. Este honor le corresponde a Carlos, príncipe de Viana (1421-1461) que a mediados del siglo XV puso en castellano, junto con anotaciones varias, la *Ética a Nicómaco* aristotélica que va acompañando en el manuscrito que la conserva a una versión anónima y, reconocidamente pésima, de los ocho libros de la *Retórica*. El único mérito que tiene, sin embargo, es el ser la primera en castellano, pero ni siquiera es versión directa del griego, sino de la latina del humanista italiano Leonardo Bruni de Arezzo (1457),⁵ como él mismo afirma repitiendo las críticas de Bruni al fraile Guillermo de Moerbecke:

Prólogo del muy illustre D. Carlos, Príncipe de Viana, primogénito de Navarra, duque de Nemos e de Gandía, dreçazado al muy alto e excelente príncipe e muy poderoso rey Sennor D. Alfonso tercio, Rey de Aragón e de las dos Secilias et su muy reduptable sennor

³ Conservada en el ms. 8651 de la Biblioteca Nacional de España y publicada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (Madrid, 1918). Con respecto al título es interesante constatar que Simón Abril da por sentado –como ha sucedido hasta épocas recientes– que la obra fue escrita por Aristóteles *para su hijo* Nicómaco. Traducir el título griego, que por cierto no es obra del propio Aristóteles, como *Ética a Nicómaco* se debe a una interpretación errónea del adjetivo Νικομαχείων que, en realidad, indica una relación muy amplia con el hijo o con el padre, también llamado Nicómaco, de Aristóteles. Sin embargo traduce en cada capítulo expresamente: «De los morales de Aristóteles escritos a Nicómaco y por eso llamados nicomaquios».

⁴ *Obras de Aristóteles, puestas en lengua castellana*, Madrid, Biblioteca Filosófica, 2 vols.

⁵ En el prólogo Bruni realiza una crítica demoledora a la traducción de G. de Moerbecke (ver *infra*) que sirvió de base a santo Tomás de Aquino. Según Bruni, Moerbecke ignoraba ambas lenguas, el griego y el latín (véase Arenas-Dolz 2002).

e thio, de la translación de las Ethicas de Aristóteles de latín en romance fecha [...] deliberé la presente traducción fazer de Latin en nuestro romance de aquellos libros de la Ethica de Aristóteles que Leonardo de Arezzo del griego en latín trasladó, por los aver el fraile que la primera traducción fiziera, mal e perversamente convertido. (351-352)

Como se puede intuir, la finalidad del príncipe de Viana es, de un lado, básicamente erudita y se debe sin duda al contacto que mantuvo el príncipe con humanistas italianos durante su estancia en ese país entre 1455 y 1460. Es, pues, un acto de traducción aislado, único. En fin, tampoco hay que pasar por alto, creo, el hecho de que está dedicada a Alfonso el Magnánimo con un lenguaje que, además de artificioso y retórico, resulta sospechosamente halagador. En efecto, en la dedicatoria inicial, el príncipe va recorriendo las virtudes incluidas por Aristóteles en su *Ética* y se da el caso de que, tal como él mismo afirma, todas ellas las posee Alfonso en alto grado: «ca del esfuerzo de corazón, que primero en orden Aristóteles pone, ¿quién más que vos lo ha experimentado que non en solamente ser de la fortuna combatido, en el comporte loable dél usastes?».

De un estilo y propósito bien diferente es la dedicatoria que Simón Abril dirige a Felipe II, como prólogo de su traducción, pese a que, lógicamente, al final se deshaga en elogios hacia el rey al cual se dedica. En esta breve pero enjundiosa dedicatoria Simón Abril justifica la traducción de la *Ética a Nicómaco* porque, pese a la importancia de los principios de la *Ética* «tanto para saberse cada uno regir a sí mismo, como para entender todo género de policía», en su época no pueden conocerse, mientras que cualquier griego antiguo tenía fácil acceso a las mismas. La razón no es que las gentes de ahora sean más lerdas, sino que desconocen las lenguas en que están escritas. Cierto que hay algunas personas que las conocen, pero ello no sirve de provecho más que para unos pocos y desde luego no para «la común utilidad de la República». Muchos comienzan a estudiar estas lenguas pero «se paran en mitad de la corrida», mientras que otros toman del latín solamente aquello que «ennoblece más las bolsas que los ánimos»: es decir, se dedican a las ciencias que pueden leer en latín porque «las cosas de la filosofía son poco provechosas». En fin, no faltan quienes estudian las lenguas antiguas más que nada por curiosidad, lo cual constituye una suerte de perversión. De esta manera Simón Abril concluye que, aunque son obras que se han escrito para todos, la diversidad de las lenguas hace que «sirvan para pocos y de éstos para los que menos importaba que sirviesen».

Por un momento Simón Abril desciende a un nivel más pragmático cuando hace referencia a la dificultad concreta de las lenguas originarias, que alcanza incluso a aquellos que son expertos: hay numerosos «lugares en disputa» debido especialmente a la dificultad de la terminología. Sucede, afirma Simón Abril, lo mismo que cuando se encuentra una moneda extranjera; suele haber diferentes interpretaciones acerca del rey que la acuñó o del valor que tenía. Desde luego admite que los escritos de contenido científico y matemático pueden quedar en su lengua original ya que en realidad se estudian por una curiosidad «particular», pero ello no debe ser así con respecto a «la parte de la filosofía que toca a la vida y costumbres de todos y a la común

administración». En este caso todo el mundo tiene derecho a conocer estos escritos en su lengua «vulgar», de la misma manera que hicieron los romanos que tradujeron a su lengua las obras griegas. Pero es que, además, el beneficio es grande para el gobierno del Estado y de esta manera, afirma Simón Abril, «Su Majestad los podrá regir de manera que hagan lo que deben»: las gentes recibirán estos escritos con interés y estima de la misma manera que ha sucedido ya con algunos de contenido científico que han sido traducidos.

Estas son las razones, concluye, por las que «me pareció vertir de griego en lengua vulgar castellana los Morales de Aristóteles y los libros de la República». Sin duda redundará en un gran provecho para el pueblo, un provecho mayor que el que puedan proporcionarle grandes riquezas. Porque, ya que el pueblo no se puede «acomodar a la lengua en que se escribieron, que ellas se acomoden a la lengua del pueblo». Pero además, ya que el estilo de Aristóteles es oscuro («muy artificioso»), Simón Abril añade que la traducción va acompañada de explicaciones y resúmenes sobre su contenido («propios escolios y argumentos»).

La dedicatoria se cierra, como es lógico, con una serie de alabanzas hacia Su Majestad: espera que acepte su traducción –aunque comprende que el rey ya está cansado de «oír saluciones»– ya que se trata de la primera obra que se ha publicado de Aristóteles en castellano. Y si el «intérprete» (griego *hermeneutés*, traductor) no es un personaje afamado, espera que al menos no pierda «la reputación entre los doctos de tantos años a esta parte ganada y adquirida».

A esta relativamente breve justificación añade Simón Abril una más prolija pensada desde una perspectiva más bien negativa en un escrito, ya citado, que quizá no habríamos conocido si no fuera porque José Clemente Carnicero la publicó con comentarios a la misma referentes a su propia época en el siglo XIX. El título completo es *Apuntamientos de cómo se deben reformar las doctrinas y la manera del enseñarlas, por el doctor Simón Abril*, está dirigida también a Felipe II y tiene como objeto señalar las lacras y defectos de la enseñanza de su época, por lo que su propuesta es invertir la situación, y presentar la traducción como un bien para el buen gobierno y para los ciudadanos, es decir como un bien «político». El tenor de este escrito se puede observar por lo que dice en referencia a la filosofía moral:

En la filosofía moral hay un solo error que vale por todos, que es el no saberse ni estudiarse en las escuelas y universidades sino por manera de cumplimiento, especialmente siendo esta parte de la filosofía la que propiamente le toca y pertenece al hombre, pues es la que reforma todas sus acciones y obras, y las dispone y ordena con forme a la rectitud de la buena razón, y no conforme a la depravación de la codicia, sin cuyo conocimiento con gran dificultad puede en los que gobiernan enderezar la mira de sus obras a los verdaderos y perfectos fines sin torcerla a sus propias ambiciones y codicias; y tanto más son de culpar en esto los que gobiernan las universidades y públicas escuelas, cuanto con mayor llaneza y claridad, y sin digresiones ni sofisterías escribieron esta doctrina Platón y Aristóteles, a quien las escuelas tienen en la filosofía por sus días y principales capitanes. Convendría, pues, no admitir a ningún género de grados a los que

estudian, sin que primero hubiesen hecho muchos actos y demostraciones de cómo han estudiado hoy bien esta parte de filosofía, tan necesaria para el buen gobierno de la vida; y no solamente se debería hacer esto en las universidades y públicas escuelas, sino también en los demás pueblos granados; y no en lenguas extrañas, sino en la propia, para que en ellos se criasen muchos hombres de gobierno que supiese en esta parte de filosofía que particularmente hace profesión de esto, por qué de aquí sucedería que los que sirviesen a V. M. en materia de gobierno entenderían en qué consiste el bien gobernar, y no irían a una cosa de tanto peso y momento tan faltos de doctrina como van, pareciéndoles que ir a gobernar los pueblos no es más de ir a ganar hacienda para sí, y buscar sus propios intereses, que es lo que hoy día tienen puestos en mucho trabajo todos los pueblos de V. M.

Tanto en un caso como en el otro se trata de una justificación de carácter general para su empresa de dar a conocer a las gentes de su época el único tratado sistemático que se había escrito sobre el comportamiento humano y sobre el fin último de las acciones humanas que consiste en alcanzar, mediante la práctica de la excelencia o virtud, el bien sumo que es la felicidad o *eudaimonía*. Pero, en un plano más inmediato, dicha versión de la *Ética a Nicómaco* se inserta en el marco de su planificación de los estudios de Humanidades. El conjunto se puede articular, como se ha señalado, sobre los datos que ofrece en las *Epístolas selectas* de Cicerón, en la *Comparación de la lengua latina con la griega* y en el *Prólogo a la Lógica*.⁶

El plan de estudios de humanidades está configurado para cinco tramos de edad (de 5 a 11 años; 12 y 13; 14; de 15 a 17; y de 18 a 20) los cuales se dividen en años, semestres y clases. El estudio específico de ambas gramáticas pertenece a los primeros dos años del primer tramo, y tanto en ellos como hasta el final la base fundamental de la enseñanza son los textos, tanto latinos como griegos, que Simón Abril va incluyendo explícitamente. Así tenemos Esopo, epístolas selectas de Cicerón, algunas comedias de Terencio; epístolas de Sinesio y fábulas de Esopo con las hipótesis (argumentos) de Aristófanes y Eurípides. Y ya en el primer año incluye una comedia de Terencio y epístolas de Cicerón para el latín, el *Pluto* de Aristófanes o la *Medea* de Eurípides, diálogos de Luciano, *Gorgias* y *Crátilo* de Platón. Para muchachos de tan tierna edad, los textos –traducidos y en algunos casos publicados– sirven obviamente para ejemplificar las reglas gramaticales y, sin duda, como inmersión en la cultura y el pensamiento del mundo antiguo. Pero ya al final del segundo año se explica métrica con la lectura de la *Epístola a los Pisones* y la *Poética* de Aristóteles con las «declaraciones» o explicaciones de Vitoria y Robortelo.⁷

El segundo tramo (12 y 13 años) da por supuesto el dominio de ambas lenguas y se dedica al estudio de la lógica con lecturas selectas de Platón, y a las matemáticas. El tercer tramo, a los 14 años, se dedica íntegro a la retórica y la lectura son discursos de Cicerón y Demóstenes. El cuarto tramo (15 a 17 años) está consagrado a la filosofía natural con textos de Jorge Agrícola, Teofrasto, Dioscórides, Galeno y Aristóteles. No

⁶ M. Morreale (1949: 57-59) recoge en un cuadro lo que sería el «plan de estudios» completo, señalando que hay a veces alguna laguna e incluso variantes entre los escritos citados.

⁷ Véase *In librum Aristotelis de arte poetica explicationes* (1548).

hay que entenderlo, sin embargo, sólo como un estudio de la Física, etc., sino volcado preferentemente a la agricultura, cuya decadencia en su época lamenta Simón Abril en los *Apuntamientos*. De ahí que los textos versen sobre plantas (Teofrasto), animales (Aristóteles) y metales (Agrícola).

Finalmente, el último tramo comprende la filosofía moral y la metafísica. Solamente con esta base intelectual y moral, piensa Simón Abril, pueden los jóvenes acceder a los estudios universitarios de leyes, medicina y teología. Pues bien, aquí, naturalmente, es donde tiene justificación óptima la versión de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles.

Además de las justificaciones, tanto general como particular, a las que hemos venido aludiendo, hay un aspecto particularmente importante que no podemos pasar por alto. Es el de la posibilidad misma de traducir a Aristóteles en la época. Porque no es lo mismo traducir a Tulio (como Simón Abril suele llamar a Cicerón) que poner no ya en latín, como hicieran la mayor parte de los humanistas, sino en castellano vulgar, la obra de un filósofo como Aristóteles que había sido durante mucho tiempo considerado peligroso para la fe católica.

Es un hecho conocido que fue Aristóteles el autor quizá más importante en la historia de la transmisión de la cultura griega a occidente –y de la historia de la traducción, por tanto–⁸ pero ello precisamente hizo, sobre todo a través de las versiones y comentarios árabes y muy particularmente de Averroes, que se creara un aristotelismo heterodoxo, o averroísmo, consistente básicamente en la conocida teoría de la doble verdad, que fue condenado en 1277 por el obispo de París y culminó dramáticamente con la prisión perpetua de su principal representante Sigerio de Brabante. No obstante, la inteligente interpretación del aristotelismo por santo Tomás de Aquino logró con gran éxito –pace Van Steenberghen (1969)– convertir la gnoseología aristotélica en la base del sistema filosófico cristiano y de elevar a un plano trascendente las ideas fundamentales de la *Ética* de Aristóteles que eran cismundanas y paganas. Con ello se consiguió anular a los antiaristotélicos radicales a partir del siglo XV, el estagirita perdió su carácter negativo y, de hecho, pasó a constituir en muchos aspectos la base gnoseológica de la teología en detrimento del platonismo imperante desde san Agustín. En efecto, en 1422 el papa Martín V establece la enseñanza de la *Ética* en los estatutos de la Universidad de Salamanca, y por otra parte acepta la traducción al latín de la *Ética a Nicómaco* que le dedica Leonardo Bruni de Arezzo, que tuvo una importancia decisiva en las sucesivas traducciones de los humanistas: en España, por ejemplo, la de Carlos, príncipe de Viana, como señalé antes. Porque las anteriores, las traducciones medievales de las que la más influyente fue la ya citada de Guillermo de Moerbeke en la que se basa santo Tomás, estaban escritas en un pésimo latín y distaban mucho de ser fieles al original.⁹

⁸ Sobre los traductores y comentaristas de Aristóteles en el Medioevo la bibliografía es ingente. Seleccione algunos trabajos: Sorabji (2005), Burnett (2001). Para la *Ética* en particular, véase Heusch (1990-1991 y 1991) y Pagden (1975); y una relación de comentarios en <www.larramendi.es/i18n/cms/elemento.cmd?id=estaticos/paginas/bv_aristoteles_comentarios_etica.html>.

⁹ Ello es así, aunque E. Berti trata de matizar este hecho: «Si può avere l'impressione che i testi di Aristotele, i quali a loro volta erano stati tradotti in arabo spesso da traduzioni siriache, venissero

Así pues, la versión de Simón Abril se encuentra inserta en esta línea del humanismo: preocupado, primero, por buscar un texto griego limpio de adherencias y corrupciones; y, segundo, por traducirlo a un castellano modélico, situado eso sí en un plano equidistante entre la pedantería y la vulgaridad.

En resumen, detrás de su actividad como pedagogo y traductor confluyen básicamente dos impulsos: en primer lugar, el deseo que comparte con el conjunto del movimiento humanista de regenerar la situación de la enseñanza y los conocimientos en general de su época, que están lastrados por una escolástica decadente que se caracteriza por la repetición irreflexiva de unas cuantas fórmulas rutinarias, y ello en un latín infecto. En segundo lugar, y más concretamente en el terreno de la filosofía moral, por la necesidad de implantar una ética racional que sustituyera al pensamiento moral, reinante hasta el momento, que era más bien simple y se encontraba encapsulado en fábulas y apólogos en obras sapienciales como *El libro de los buenos proverbios*, *Los bocados de oro*, *Poridat de las poridades* y *La historia de la donzella Teodor*, y luego el *Calila e Dimna* y las obras de D. Juan Manuel.¹⁰ C. Heusch, con razón a mi entender, atribuye esta «moral» al regreso que se produce en el siglo XIII con Fernando III hacia «formas epistemológicas capaces de reconciliarse con la cultura visigoda e isidoriana» (1990-1991: 95). Y la considera una ética que emana de, y se sustenta en, el poder (la política), mientras que la de Aristóteles, por el contrario, procede de, y se sustenta en, el individuo y desemboca en el poder. De hecho la política de Aristóteles es, *sensu stricto*, continuación de la *Ética* como se ve en la última frase de la *Ética a Nicómaco*. En fin, todo ello está posibilitado por la desaparición del averroísmo y la superación de cualquier otra forma de aristotelismo heterodoxo, como antes señalé, que impidieron el conocimiento directo de la *Ética* del Estagirita, como demuestra el hecho de que prácticamente hasta el siglo XV sólo hubo un comentarista de la misma, Guido Terrena.¹¹

Como se ha señalado ya, Simón Abril no se limita a diseñar una nueva enseñanza y, además, a practicarla; para ello traduce numerosas obras de oradores, autores dramáticos y filósofos. Pero, además, podemos considerarle en cierto sentido un traductólogo *avant la lettre*, en la medida en que refleja en las introducciones a sus traducciones numerosas reflexiones sobre el hecho mismo de la traducción y sobre los problemas que esta actividad comporta. Concretamente, en el prólogo «Del intérprete al lector», breve pero más denso de lo que pudiera parecer, expone, primero, el contenido de la ética, un resumen de la misma y la finalidad que no es otra que el estudio de la felicidad humana, es decir «la que se puede alcanzar en esta vida», frase con la que disuelve perentoriamente cualquier sospecha o temor de heterodoxia.

fortemente adulterati da questa trafila di traduzioni (dal greco al siriano, all'arabo, al castigliano, al latino): ciò è vero solo in parte, per la caratteristica maniera di tradurre propria dei medioevali, che solevano rendere ciascuna parola del testo con un'altra parola, in genere sempre la stessa (questo modo di tradurre fu detto *verbum de verbo* ed è altamente fedele) che, in certi casi, permette di ricostruire il testo originale a partire dalla traduzione» (1994: 221).

¹⁰ Véase Rodríguez Adrados (2006).

¹¹ Véase *Quaestiones in libros I-VI Ethicorum* (París, 1313).

Pero luego, a continuación, añade una serie de reflexiones sobre su trabajo: comienza Simón Abril pidiendo comprensión al lector y para ello pone de manifiesto lo «trabajosa» que es la labor del traductor. Para empezar, en este caso pone muy de relieve el hecho de que se trata de cosas que «nunca han sido vistas ni entendidas». Naturalmente se dirige al lector en general, no al alumno de veinte años que estudia filosofía moral. La novedad de la materia y el desconocimiento general de la misma hacen que la tarea resulte difícil para el traductor puesto que carece de un léxico y un estilo previos; y que el texto sea también de difícil comprensión para el lector que lo percibe con extrañeza. La dificultad se incrementa para el traductor ya que –y aquí hay un concepto novedoso de la labor traductológica– su labor no se limita a verter «de verbo in verbum» como era habitual en la Edad Media y se reprochaba, por ejemplo, a G. de Moerbeke. El traductor debe introducirse en la mente del autor y hablar su lenguaje, aunque no su lengua. Ello supone que el traductor es un «creador», un *poietés*, porque en definitiva no puede sino «transformar» el discurso: la prueba de ello, asegura Simón Abril, es que de un mismo texto hay muy diferentes traducciones.

A continuación se refiere, ya en el terreno de lo concreto, a determinadas decisiones que ha de tomar el traductor y que pueden enojar al lector. Para empezar, debe utilizar «vocablos nuevos» debido a la dificultad que comporta verter con propiedad y precisión determinados términos griegos que no tienen correspondencia en nuestra lengua debido, según Simón Abril, a su «etimología». Así, pide al lector que no se enfade si utiliza voces nunca oídas como aristocracia, monarquía, timocracia y oligarquía. Ya los romanos –Tulio, dice Simón Abril– tuvieron que utilizar, es decir, transliterar numerosas palabras griegas debido, como confiesa abiertamente Lucrecio (*De Rerum Natura*, I 832) a «la pobreza de nuestra lengua patria». Por otra parte, debido a la sintaxis, e incluso a elementos suprasegmentales como el orden de palabras, el ritmo y entonación, etc. (aunque Simón Abril no lo que llama así, es plenamente consciente de ello y lo expresa a su manera con claridad) sucede que «la cadencia» de la oración no es «tan dulce» como en su lengua: «es muy diferente cosa vertir ajenas sentencias que decir de suyo, porque en el decir de suyo cada uno puede cortar las palabras a la medida y talle de las sentencias; pero en el vertir sentencias ajenas de una lengua en otra, no pueden venir siempre tan a medida como el intérprete quiere las palabras». Es decir, el anisomorfismo de las lenguas hace que una traducción no pueda reflejar todo lo que hay en la lengua de salida, o no lo refleje sino que lo transforme.

Por todas estas dificultades, y por el hecho de que el traductor es un hombre, éste siempre comete errores y se expone a que lo censuren y critiquen aquellos que, como las parteras «sin parir ellas nada, escudriñan partos ajenos»; o, en fin, los que «reprenden un lunar y no elogian las buenas posturas». Debido a esto, para concluir, la labor del traductor es ingrata porque no trae gloria y puede atraer la crítica.

Con lo que paso a realizar un breve análisis valorativo de la traducción de la *Ética a Nicómaco* no sin, para empezar, repetir lo ya dicho: que es la mejor, más fiel y no poco elegante traducción que se ha hecho al castellano hasta el siglo XX. Simón Abril dominaba la lengua griega como los mejores humanistas y no es exagerada la afirmación que realiza en *Los apuntamientos*: «Todo esto, que yo a V. M. è escrito, lo è

colegido de quarenta años de buenos estudios que è tenido, Griegos y Latinos, en la lición de los más graues y antiguos escritores en todo género de letras» (91).

Y, como hombre reflexivo que es, se adelanta a cualquier crítica que se le pueda hacer. Porque, efectivamente, el problema que sugiere como causa de las posibles y esperadas críticas es básicamente *el problema* de la traducción: anisomorfismo del léxico y ritmo de las lenguas. Pero sólo en un cierto sentido, que no es precisamente el que Simón Abril teme: en efecto, el anisomorfismo léxico que en la relación entre el griego y el español se refleja no sólo en la diferencia de expresar una misma idea, sino especialmente en la mayor riqueza léxica del griego, obliga o bien a utilizar perífrasis o bien a crear neologismos que, por lo general, son transliteraciones (en menor medida calcos, como hicieron los romanos masivamente con gran inteligencia) adaptadas a la morfología de la lengua de entrada. Simón Abril opta generalmente por utilizar una perífrasis allí donde el castellano carecía de un término más o menos equivalente. Otras veces, sin embargo, innova: y es curioso que se excuse por «crear» o utilizar palabras que habrán de resultar malsonantes a sus lectores y que hoy son perfectamente banales, como monarquía, aristocracia, timocracia y oligarquía. Y con ello, lejos de merecer reproches, Simón Abril es digno de elogio por enriquecer la lengua española.

Con todo, el problema del lenguaje semiespecializado de la *Ética* es más grave, si cabe, que el del lenguaje de las ciencias, que es o tiende a ser biunívoco y deja poco lugar a la interpretación. El problema de la *Ética* y la *Política* es que los términos más característicos tienen un referente cambiante e incluso sincrónicamente equívoco: así, los nombres de las virtudes, de la felicidad, o incluso de lo bueno y lo malo¹² han significado históricamente cosas diferentes, e incluso ya tenían significados equívocos para los coetáneos de Aristóteles. Aquí es donde la traducción de Simón Abril manifiesta con mayor nitidez el paso del tiempo y de las concepciones éticas y políticas de la sociedad. En realidad es un problema general de la traducción: dado que la lengua evoluciona y cambia en todos los planos, y muy particularmente en el léxico, toda traducción acaba quedando «anticuada»; es esa pátina amarilla que tiñe, sin por ello desmejorar, las grandes traducciones. Sólo que, para el hombre ordinario sobre todo si desconoce la lengua de salida, acaban siendo inutilizables y exigen ser sustituidas por otras que reflejen la contemporaneidad.

Por concretar y ceñirnos más a la traducción de la *Ética a Nicómaco* de Simón Abril, se advierte que, en el plano léxico, acude a la perífrasis por la carencia de términos hoy muy corrientes. Así, traduce como «la disciplina de República» lo que hoy llamamos la «Política». De hecho, el sintagma completo traduce una sola palabra y los dos términos de que consta son, hoy, inadecuados: tanto «república» como «disciplina» tienen actualmente un significado por completo diferente. Algo parecido sucede con «arte militar» o «arte del general y del emperador» por Estrategia; o incluso perífrasis todavía más largas, como «ciencia que pertenece al regimiento de la familia» donde hoy decimos simplemente «Economía». En general se manifiesta muy claramente desde el principio la carencia de una lengua (semi)técnica o especializada para la filosofía griega que hoy tenemos bien asentada: «método de investigación» es

¹² Véase Calvo Martínez («Introducción» en Aristóteles 2001; y 2006).

traducido como «camino de la doctrina»; y el término νόμος, cuando se opone a φύσις en el sentido de «convención» frente a «naturaleza», lo traduce por «ley».

Ahora bien, parece obvio que en castellano ya existían en su época palabras como «método» y, desde luego, existía la palabra «argumento» que el propio Simón Abril utiliza a menudo en sus escritos sobre la lógica, y que, sin embargo, a veces traduce por el término general «razones». Ello podría llevarnos a pensar que, quizá, Simón Abril sacrifica la sistematicidad del lenguaje técnico, que hoy es sagrada, por el acercamiento al lector común a través de términos más generales aunque ello deje translucir una cierta impresión de imprecisión. Ello sucede, desde luego, en expresiones que se refieren a acciones muy específicas que no tienen equivalente, pero sí existe un cierto correlato: cuando Aristóteles en I 4 se refiere a que hay «argumentos que proceden de, o se encaminan a, los principios», lo compara con el corredor que «va desde (la posición de) los jueces hacia la meta» o a la inversa. Como en época de Simón Abril no hay carreras de longitud, lo compara con, probablemente, carreras de caballos (¿?) y así traduce: «como en la corrida, desde el puesto al paradero o al contrario».

En fin, por no alargar este capítulo en el que se podrían aportar innumerables ejemplos, me referiré brevemente a un capítulo de especial importancia como es el nombre de las virtudes. Aquí en algunos casos el léxico que utiliza Simón Abril es francamente obsoleto o inadecuado, aunque afortunadamente, no en demasiados.

Como es lógico –ya se ha señalado– es en la denominación y en la propia concepción de las virtudes mismas donde suelen percibir más claramente los cambios. Por supuesto en toda esta sección (libros III 6-2 y IV 1-9) hay numerosos términos que hoy nos parecen inaceptables sobre todo por arcaicos y/o ambiguos e imprecisos. Y hay algunos que son especialmente llamativos, como cuando traduce μεσότης («condición intermedia» o «término medio») por «medianía». Con lo cual la célebre definición de virtud queda de la siguiente manera: «de manera que la virtud es una medianía» (II 6).

En general es sabido que las virtudes que describe Aristóteles pertenecen a una sociedad como la suya, e incluso se restringen a veces a un sector más bien acomodado de la misma. Se trata, pues, aparte de las cuatro virtudes fundamentales o cardinales, ya teorizadas ampliamente en la obra de Platón, de formas de comportamiento que van desde lo más estrictamente moral hasta lo más superficial de lo estrictamente social. En el primer caso, ya hay diferencias entre la concepción antigua y la cristiana. La ἀνδρεία, por ejemplo, primera virtud para Platón, se refiere fundamentalmente a la ‘valentía’ de los guardianes de una polis del siglo IV a. C.: valentía para la guerra, claro está, especialmente de defensa de la propia polis. Sin esta virtud no es posible siquiera la supervivencia del Estado. Por eso, el contenido de ἀνδρεία ha de modificarse necesariamente con la desaparición de esta clase de Estado y se llena de contenidos nuevos; de hecho amplía considerablemente su ámbito semántico. Ya Aristóteles lo amplía, pero es la ética cristiana la que sencillamente cambiará incluso su «verdadero» sentido: ¿qué sentido le podría dar un anacoreta egipcio del siglo IV d. C., por ejemplo, a la ἀνδρεία platónica? Pues bien, Simón Abril, que es tributario de esta concepción cristiana de las virtudes, prefiere traducirlo por «fortaleza de ánimo» que es

suficientemente amplio en vez de traducirlo por «valentía» (también «valor» allí donde no es ambigua la palabra) que conserva su prístino y fundamental sentido.

Otros ejemplos: «disoluto» es correcto para ἀκόλαστος (III 5), pero «disolución» ya no lo es; y lo mismo podemos decir de «magnífico», en vez de «magnificante» para μεγαλοπρεπής (V 5); «afición» y no «afecto» para τὸ στέργειν (IV 6); «disimulación» y no «modestia» para εἰρωνεία (IV 7). Y ya más propio de la sociedad en la que vive Simón Abril son traducciones como «conversaciones de gracias y donaires» (διαγωγὴ μετὰ παιδιᾶς) en vez de «entretenimiento acompañado de diversión», «cortesano» (ἀστεῖος) o «varón ahidalgado» (εὐτρόπελος) donde hoy decimos «ingenioso» y «elegante», respectivamente (véase IV 8, *passim*).

En lo que se refiere a aquello que Simón Abril llama la «cadenzia» de la lengua, se impone afirmar que, por regla general, nuestro traductor nos ofrece una versión clara y ágil –y en general correcta– de una sintaxis como la aristotélica que puede inducir fácilmente a error porque presenta muchos nexos y conjunciones polisémicas que son esenciales y que, mal interpretadas, arruinan por completo la intelección de períodos enteros y, por tanto, del pensamiento verdadero del estagirita. No debemos olvidar que se trata de obras no pensadas para la publicación, es decir, dirigidas a «su público» que sabía muy bien lo que se escondía detrás de cada palabra, de cada frase.

Pues bien, creo que es aquí donde fracasan no pocas traducciones y, en cambio, es donde más y mejor brilla el talento de Simón Abril por entregarnos el pensamiento ético de Aristóteles con la agilidad y elegancia que caracterizaba a los grandes humanistas.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENAS-DOLZ, Francisco. 2002. «Hacia el margen ético. Gabriel Altadel y un manuscrito ¿medieval? británico de la *Ética Nicomáquea* de Aristóteles», *Estudios clásicos* XII, 73-86.
- ARISTÓTELES. 2001. *Ética a Nicómaco*, ed. de José Luis Calvo Martínez, Madrid, Cátedra.
- BERTI, Enrico. 1994. «La trasmissione di Aristotele al mondo latino» en D. Lorenz (ed.), *Studi 1994*, Roma, Istituto San Tommaso (Pontificia Universitas a S. Thoma Aquinatis in Urbe), 215-240.
- BREVA CLARAMONTE, Manuel. 1995. *La didáctica de lenguas en el Renacimiento: J. Luis Vives y Pedro Simón Abril*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- BURNETT, Charles. 2001. «The Coherence of the Arabic-Latin Translation Program in Toledo in the Twelfth Century», *Science in Context* XIV, 249-288.
- CALVO MARTÍNEZ, José Luis. 2006. «Problemas de la *Ética* de Aristóteles. Las trabas del lenguaje», *Myrtia* XXI, 75-96.
- CAÑIGRAL, Luis de. 1987. «Pedro Simón Abril, teórico de la traducción» en Julio-César Santoyo & al. (eds.), *Fidus interpretes. Actas de las I jornadas nacionales de historia de la traducción*, León, Universidad de León, I, 215-21.
- HEUSCH, Carlos. 1990-1991. «Entre didactismo y heterodoxia. Vicisitudes de la *Ética* aristotélica en la España escolástica», *La corónica* XIX, 89-99.

- HEUSCH, Carlos. 1991. «Index des commentateurs espagnols médiévaux d'Aristote (XIIe-XVe siècles)», *Atalaya* II, 157-175.
- MORREALE, Margherita. 1949. *Pedro Simón Abril*, Madrid, Ediciones de la *Revista de Filología Española*.
- PAGDEN, A. R. D. 1975. «The Diffusion of Aristotle's Moral Philosophy in Spain», *Traditio* XXXI, 287-313.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco. 2006. *Modelos griegos de la sabiduría europea y castellana*, Palencia, Junta de Castilla y León.
- SORABJI, Richard (ed.). 1990. *Aristotle Transformed: The Ancient Commentators and their Influence*, Londres, Duckworth.
- SORABJI, Richard. 2005. *The Philosophy of the Commentators 200-600 AD. A Sourcebook*, Nueva York, Cornell University Press.
- VAN STEENBERGHEN, Fernand. 1969. *La philosophie au XIIIe siècle*, Lovaina-París, Publications Universitaires-Beatrice-Nauwalserts.